



## ACTO SEGUNDO.

### EL RETO.

La decoración del primer acto.

### ESCENA I.

ISABEL, sentada tristemente con rico traje de  
boda y flores en la cabeza.  
LEONOR, componiéndole una flor.

Leo.—Dejadme, señora mía,  
Que os prenda bien esta rosa:  
En verdad estáis hermosa;  
Hasta la melancolía  
Os sienta bien.

Isab.— ¡Ay, Leonor!  
¡Si mostrara mi semblante  
Lo que sufro en este instante,  
Lo amargo de mi dolor!  
Pero no; tú conocer

No puedes la pena mía;  
Es una larga agonía  
Que no es fácil comprender.  
Añoche pensé morir.  
¡Oh, qué noche! hora por hora  
Conté, esperando á la aurora,  
Sin descansar, sin dormir.  
¡Oh, qué penoso es el lecho  
Para el que padece tanto!  
Ni llorar pude, ¡ay! el llanto  
Me hubiera aliviado el pecho:  
Al fin, vi llegar el día  
Pero la esperanza no,  
¡Huyó para siempre, huyó!  
¿Y aun respiro, Leonor mía?

Leo.—Serenad vuestro semblante,  
Considerad que es forzoso  
Recibir á vuestro esposo,  
Que no tardará un instante.  
Tal vez el tiempo podrá  
Aliviar vuestro dolor.

Isab.— (Con enojo)  
Tú nunca amaste, Leonor;  
Déjame, déjame ya.

Leo.—¿Os ofendí? sabe el cielo  
Que os amo, señora mía:  
Perdonadme; yo quería  
Procuraros el consuelo:  
De nuevo os pido perdón.

Isab.—Es verdad, no me ofendiste;  
Tú penetrar no pudiste  
Lo que sufre el corazón.

Uno sólo conocía  
Lo más secreto de él:  
¡Ay! el alma de Isabel  
Sólo Alberto comprendía.  
Aún está aquí: ¿no es verdad?  
Que no se vaya, por Dios;  
Juntos podremos los dos  
Arrostrar la tempestad;  
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!  
El debe, debe huir,  
Y yo mi suerte sufrir,  
Y morir desesperada:  
Venga, venga ese Barón  
Que debe ser mi tirano,  
Aquí está mi yerta mano,  
Pero no mi corazón:  
Yo se lo diré, sabrá  
Lo que ha de esperar de mí,  
Y que Alberto siempre aquí  
(Señalando su corazón.)

Mientras yo viva estará.

Leo.—¿Se lo diréis?

Isab.— Sí, Leonor,

Todo lo sabrá, y después,

Morir me verá á sus pies,

Ahogada por el dolor.

Tal vez el cielo piadoso

Su corazón moverá;

Tal vez él prescindirá

De esta boda, generoso.

Leo.—Desechad esa ilusión;

Esperar, señora, es vano;

- De ese hombre el pecho inhumano  
No abriga la compasión.
- Isab.—¿Y tan bárbaro sería,  
Que mirándome bañada  
En llanto, desesperada  
En espantosa agonía,  
Jurándole que á morir  
Me conduce este himeneo,  
Insistiera? No lo creo;  
No puede un ser existir  
Tan odioso.
- Leo.— A Dios pluguiera  
Que no fuera así, señora;  
Pero vais á verlo ahora.
- Isab.—Déjame, Leonor, siquiera  
La esperanza. ¿Tú también  
Te conjuras en mi daño?  
Mi esperar será un engaño;  
Pero este engaño es un bien.
- Leo.—Es un bien que poco dura.
- Isab.—Es un instante de calma,  
Que hace revivir el alma,  
Sumergida en la angustia:  
Y... ¿quién sabe? acaso el cielo  
Con un rayo me ilumina:  
Tal vez la bondad divina  
Se apiada ya de mi duelo:  
De la horrible desventura  
El último punto, acaso  
Es, Leonor, el primer paso  
A la paz, á la ventura.
- Leo.—¿Y aunque el Barón apiadado  
De vuestro llanto, señora,

- Quiera desistir ahora  
De ese empeño desgraciado,  
Vuestro padre prescindir  
Querrá también cuando ya  
Todo prevenido está?
- Isab.—Preciso será mentir:  
Fingiré una enfermedad  
Que retarde el himeneo,  
Y el tiempo después....
- Leo.— Yo creo  
Que la triste realidad  
Disipará esa ilusión:  
Que prescinda de su empeño  
El Barón, señora, es sueño,  
Me lo dice el corazón.
- Isab.—Eres, Leonor, muy cruel,  
Despedazándome estás;  
Si este es un sueño no más,  
No me despiertes de él.

## ESCENA II.

Dichos, PEDRO

- Ped.— (anunciando.)  
El señor Barón.
- Isab.— ¡Dios mío!  
Llegó, Leonor, el momento  
Decisivo.  
(A Pedro)  
Haced que pase. (Se va Pedro.)  
Retírate tú. (A Leonor.)

Leo.— Los cielos  
Os acompañen, señora,  
Y ablanden el duro pecho  
De ese hombre. (Se va.)

Isab.— ¡Toda mi sangre  
Helada en las venas siento;  
Ya las fuerzas me abandonan!  
Auxíliame, Ser supremo:  
Mi ruego escucha. Oigo pasos...  
Es él... es él! ¡Cómo tiemblo!

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHÚN.

(Con rico traje de guerrero.)

Bohún.— Ese criado acaba ahora  
De decirme que queréis  
Hablar conmigo, señora:  
A este mortal que os adora,  
Aquí rendido tenéis.

Isab.— Sentáos. (Se sientan)

Bohún.— Al fin os veo  
A solas ¡feliz instante!  
¡Apenas mi dicha creo!  
Hablad, que vuestro deseo  
Ley será para un amante.  
En vuestra frente divina  
Mirando estoy la tristeza:  
Hablad, joven peregrina,

Quizá el cielo me destina  
A consolar la belleza.

Tal vez informada estáis  
De que soy altivo, fiero;  
Tal vez de mi amor dudáis,  
O al ver mi rostro pensáis  
Que es mi corazón de acero.  
No, Isabel; desde que vi  
Vuestro rostro encantador,  
Mi voluntad os rendí,  
Y grabada estáis aquí

(Señalando su pecho)

Por la mano del amor.

Cierto es que nunca os hablé  
De este amor, Isabel mía:  
Sólo á vuestro padre fué  
A quien la llama mostré,  
Que el alma me consumía.

El Barón me aseguró  
Que vos me amábais, señora;  
Decidme si se engañó:  
En vuestro labio hallé yo  
Mi vida ó mi muerte ahora.

Pero antes de pronunciar  
El fallo, bella Isabel,  
Dignáos considerar  
Lo que me puede costar,  
Si por desgracia es cruel.

Isab.— Señor...  
Bohún.— Seguid; ¡qué dulzura  
Tene, Isabel, vuestro acento!  
Descubridme esa alma pura.

Isab.—Veréis en ella amargura.

Bohún.—¿Quién causa vuestro tormento?

Isab.—Mi boda.

Bohún.— ¡Cómo!

Isab.— Señor,

Miradme.

(Queriendo echarse á los pies del Barón,  
que la contiene.)

Bohún.— ¿Qué vais á hacer?

Isab.—¡Compadece mi dolor!

Os respeto; pero amor

Jamás os puedo tener!

Bohún.— (Con enojo)

¡Jamás! ¿Pues por qué razón

Á vuestro padre, señora,

No lo dijisteis?

Isab.— ¡Perdón!

Tened, señor, compasión

De una mujer que os implora!

Nob'le sois y caballero,

(Se arroja á sus pies)

Mi suerte está en vuestra mano,

¡No tenéis alma de acero!

Bohún.— (Levantándose)

Una explicación espero:

Hablad, no soy un tirano.

(¿Qué sospecha... si otro amor!...

No, no puede ser verdad:

Reprimiré mi furor).

Deponed todo temor, (Con dulzura)

Habladme con claridad.

Si nace vuestro desvío,

De que no me habéis tratado,

Decídmelo, el pecho mío

Conoceréis, y confío

En que de vos seré amado.

Esa palabra, "jamás,"

Es espantosa, es cruel!

Ha sido efecto quizás

De la turbación no más;

¿No es cierto, amada Isabel?

"¡Jamás!" ¡ah! por compasión

Esa expresión reformad;

No hiciera más impresión

En mí la reprobación

Que oyera en la eternidad.

Isab.—Sí, fué demasiado dura,

Lo conozco, ¡qué queréis!

El exceso de amargura...

Bohún.—Basta angélica criatura,

Basta ya; no os disculpéis.

¿Tembláis acaso de ser

Esclava en mi compañía?

¡Qué error! ¿lo podéis creer?

Vuestro amor, bella mujer,

Será mi norte, mi guía.

¡Mi esclava! no; mi señora,

Mi reina seréis; mandad,

Mandad, joven seductora:

Vuestra voz encantadora

Es la voz de una deidad.

Activo he sido ¿por qué

Lo he de negar? hasta aquí,

Este mi carácter fué;

En adelante seré  
 Lo que vos hagáis de mí.  
 Mis títulos, mi grandeza,  
 A vuestros pies están ya,  
 Y servirá mi riqueza  
 De engalanar la belleza,  
 Que el orbe me envidiará.  
 Mármol y oro cincelado  
 Formarán vuestra mansión,  
 Diamantes vuestro tocado,  
 Y vuestro altar consagrado,  
 Mi sumiso corazón:  
 Vuestra suerte envidiarán  
 Las esposas de los reyes:  
 Mil esclavos temblarán  
 A vuestra voz, y tendrán  
 Vuestros caprichos por leyes.  
 Inciensos y adoraciones  
 Os rodearán noche y día:  
 Pendientes mil corazones  
 Estarán de las acciones  
 De la hermosa reina mía:  
 ¡Y yo á sus plantas postrado,  
 En su mirar embebido,  
 De sus glorias embriagado  
 Con su ventura pagado,  
 Lo demás daré al ovido!  
 Un trono, un mundo valdría  
 De mi existencia un instante!  
 Feliz cual nadie sería,  
 Y mi vida pasaría  
 Como un ensueño brillante! (Pausa)

Pero ¿no me respondéis?  
 ¿Nada os merece mi amor?  
 ¿Ni ver mi rostro queréis?  
 ¡Ah, tembláis! ¿No me daréis  
 Una respuesta?  
 Isab.— Señor...  
 Bohún.—Seguid.  
 Isab.— El cielo es testigo  
 De que agradece mi pecho  
 La bondad que usáis conmigo;  
 Mas...  
 Bohún.—Proseguid.  
 Isab.— Si prosigo,  
 Va á estallar vuestro despecho;  
 Pero debo con franqueza  
 Descubriros la verdad.  
 Los títulos, la riqueza,  
 Esa gloria, esa grandeza,  
 No harán mi felicidad.  
 ¿Qué importa que mármol y oro  
 Formen mi augusta mansión?  
 Si allí me acompaña el lloro,  
 Me falta el mayor tesoro,  
 Que es la paz del corazón.  
 El corazón que está herido,  
 Bajo de un manto real,  
 O de un humilde vestido,  
 Siempre estará dolorido,  
 Siempre sufrirá su mal.  
 ¿Qué me importa, ¡cielo santo  
 Ocupar un alto asiento,  
 Si no es menor mi quebranto?

¿Qué importa verter mi llanto  
Sobre rico pavimento?

De vasallos numerosos,  
Decís, seré respetada:  
Me obedecerán gozosos;  
Ellos serán venturosos,  
Pero yo desventurada:

En su corazón sencillo  
Amor me alzaré un altar;  
Pero ni este amor, ni el brillo,  
Arrancarán el cuchillo  
Con que me siento clavar.

¡Oh! nada le importa, nada,  
El fausto, noble Barón,  
A una triste aprisionada!  
Será su prisión dorada;  
Pero es siempre una prisión!

Bohún.—Mas no sabré...

Isab.— ¡Perdonad!

Tal vez os habrá ofendido  
Mi mucha sinceridad;  
Pero os dije la verdad,  
Porque así lo habéis querido.  
Ahora yo quiero alcanzar  
De vos un favor.

Bohún.— ¿Cuál es?

Isab.— (De rodillas)

Que os dignéis renunciar  
A este enlace, ó expirar  
Me veréis á vuestros pies.

Bohún.— (La levanta)

Me es muy duro; pero alzad:

Yo quiero exigir de vos  
Otra cosa.

Isab.— ¿Qué? mandad.

Bohún.—Que me digáis la verdad,  
Como la diríais á Dios.

Isab.—Os lo prometo.

Bohún.— ¿Tenéis

Acaso alguna pasión?

¿Amáis á otro?... ¿enmudecéis?

Isabel, ¿no respondéis?

Isab.—¡Ah, sí amo!

Bohún.— (¡Maldición!

Soy infeliz: ¡pronto en mal

Mí bien convertido ví!

¡Oh, qué momento fatal!

(Con dulzura)

Mas decidme ¿mi rival?

Isab.—Miradle.

Bohún.— ¿Es Alberto?

Isab.— Sí.

#### ESCENA IV.

Dichos, ALBERTO.

(Entra y se sorprende al ver al Barón.)

Alb.—Isabel... perdonad, yo imaginaba..

Bohún.—Que estaba sola, ¿no es verdad,  
(Alberto?)

No os embarace la presencia mía;  
¿No sabéis que yo soy amigo vuestro?

Si, vuestro amigo, ¿lo dudáis? ahora  
Hablábamos de vos: el labio bello  
De vuestra hermana, vuestra "cara her-  
mana,

De revelarme acaba su secreto.  
Pero ¡con qué candor! ¡con qué ternura!  
Una virtud tan pura, bajo el cielo  
No es fácil encontrar: yo os felicito  
De haber amado un corazón tan bello.

Alb.—Señora....

Isab.— Sí, mis lágrimas amargas  
Han conmovido el generoso pecho,  
Del ilustre Barón: me ha prometido  
Suspende por ahora este himeneo:  
¿No es cierto? el corazón me lo decía:  
Tan valiente y cumplido caballero,  
Abrigar no pudiera una alma baja,  
Indigna de su nombre.

Alb.— ¿Es éste un sueño?  
Isab.— Arrójate á sus plantas, caro amigo.  
Arrójate á las plantas del más bueno,  
Del más digno mortal: ¡ah! que su vida  
Haga larga y feliz el Ser supremo.  
¿Pero estás en estatua convertido?  
¿Lo dudas todavía?

Alb.— Isabel... temo...  
Bohún.— ¿Qué yo me sea capaz de un sa-  
(crificio

De tanta magnitud? Vano recelo:  
Nada más justo, vuestra "cara hermana"  
Os ama, y á mí no: ¿por qué un objeto  
Sacrificar, tan cándido, tan puro?

Si vuestra "cara hermana" hubiera puesto  
Su amor en un sujeto menos digno;  
¡Pero en vos, joven, vos, en erivo pecho  
Se abriga una virtud acrisolada!  
Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,  
Que la vida os salvó, ¡de cuánto gozo  
Se llenará al saber ese respeto  
Que á sus canas tenéis! ¡Oh, no es posi-  
(ble,

Que quede oculto tan sublime esfuerzo!  
¡Sacrificio inaudito, inconcebible!  
Vivir al lado de ella tanto tiempo  
Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juro,  
Al Barón lo diré, tendréis el premio  
A que sois acreedores, hijos míos:  
No lo dudéis.

Isab.— ¡Qué escucho!

Alb.— Ya entreveo  
La infernal ironía que respiran,  
Orgullosos Barón, vuestros acentos.

¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pu-  
(diste  
Pensar jamás que su insensible pecho  
Fuera capaz de rasgo tan sublime?

Isab.— ¡Infeliz!

Bohún.— Me injurias sin merecerlo:  
Vuestra "querida hermana"...

Alb.— ¡Basta, basta!  
No más nos insultéis. Un caballero  
Usa un lenguaje franco; sus acciones  
Deben llevar de la nobleza el sello;  
Pero vos.....

Bohún.— ¿Y pensábais, bella joven,  
Que el Barón de Bohún puede sereno  
Un desdén escuchar, que renunciara  
Con tal facilidad al bien supremo  
De ser esposo vuestro? Al alma mía,  
Está quemando un espantoso fuego  
Que excita más y más vuestro desvío,  
Que no puede apagar el mismo cielo.  
¡Un rival! un rival! no lo esperaba!  
¡Un huérfano, un expósito!... ya veo  
Qué bien cumplís vuestro deber sagrado:  
Un noble anciano de ternura lleno,  
Salva vuestra existencia miserable,  
Cuida de vuestra infancia, os da un asiento  
En su mesa, os prodiga las bondades  
Que al hijo más querido un padre tierno.  
Y vos, para pagar sus beneficios,  
Cediendo á un loco criminal afecto,  
Seducís á una hija hermosa, pura,  
Que de su ancianidad era el consuelo.

Alb.— ¡Cállate, miserable! ¿y tú me acu-

(sas

De seductor? ¿lo oís? ¿y sufrir puedo  
Su presencia? ¡malvado! ¿y tú, tú hablas  
De virtud? ¡La virtud! no conocieron  
Lo que quiere decir esta palabra  
Los mónstruos como tú! ¡Poder del cielo!  
¡Yo seductor! ¡yo seductor! ¡Intame!  
Bohún.— Ved, Isabel hermosa, qué vio-

(lento

Es vuestro "caro hermano:" una palabra  
Le llena de furor.

Alb.— Te ha descubierto

Isabel un secreto, que debía  
Para siempre ocultar un triste velo;  
Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,  
Yo la amo, la amaré; jamás el tiempo,  
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla  
De este fiel corazón, donde con fuego  
Grabada está su celestial imagen:  
Desde la infancia, desde aquel momento  
Que brilló la razón en nuestras almas,  
Tal vez desde antes, nuestros labios tier-

(nos,

Que apenas balbucian las palabras,  
Pronunciaron de amor el juramento:  
Nos amaremos, sí, por más que airado  
Hoy el destino irresistible y fiero  
Nos separe; por más que tú procures  
De Isabel atajar el llanto ácerbo,  
Y con oro cubrir quieras el yugo,  
Bajo el que siempre vivirá gimiendo;  
Mas yo no la seduje, nuestras almas  
Para adorarse hasta morir nacieron,  
Y un torrente de amor irresistible  
Nos arrastró á los dos al mismo tiempo;  
Mas tú no sabes, no, cómo la amo,  
¡Con qué veneración! ¡con qué respeto!  
Como á una cosa pura, sacrosanta,  
Como á un sagrado espíritu del cielo,  
Como al ángel que manda en nuestro au-

(xilio

La bienhechora mano del Eterno.

Isab.— ¡Alberto! (Con mucha ternura)

Bohún.— ¡Qué ternura! ¡qué palabras!

¡Qué corazón tan cándido, tan bello!

Alb.—Tú comprender no puedes este idio-  
(ma;

Los tiranos jamás lo comprendieron.  
Bohún.—; Y valiente además! ¡cuántas  
(virtudes!

Es lástima, Isabel, que el nacimiento  
De ese joven no sea conocido:  
Porque en verdad, amigo, no sabemos  
Quién os ha dado el ser; pero á juzgarlo  
Por vuestros elevados sentimientos,  
Hijo seréis del mismo rey Ricardo:  
; No es verdad, Isabel?

Alb.— (Sacando la espada)  
Sufrir no puedo.

Defiéndete malvado!

Isab.— (Queriendo contenerlo.)  
¡Alberto!

Alb.— (A Isabel.)  
Aparta.

Tus últimas palabras han abierto  
Una profunda herida en mis entrañas,  
Que con sangre no más curarla puedo:  
Defiéndete, repito.

Isab.— ¡Alberto mío!  
Recuerda dónde estás.

Alb.— (Con horrible despecho.)  
¡Es cierto! ¡es cierto!

Este castillo es para mí sagrado:  
(Envainando su espada)

Sagrado! ¡maldición! Vuélvete, acero,  
Por la primera vez vuelve á la vaina  
Sin vengar el ultraje de tu dueño.  
Da gracias á este asilo: hoy era el día

En que exhalaras el postrer aliento  
Al golpe de mi espada, miserab'le,  
Si otro fuera el lugar donde tu acento  
Hubiera provocado mi venganza;  
Pero saldrás de aquí, y en campo abierto  
Se cruzará tu acero con el mío,  
Si algún resto de honor hay en tu pecho.  
Adiós, Isabel mía: fué posible  
Reportarme una vez; pero no puedo  
Responder ya de mí. Barón altivo,  
Abusa del poder, arrastra al templo  
A ese ángel puro; con su amargo llanto  
Ya tu condenación se está escribiendo:  
Llévala ante el altar, su labio frío  
Pronunciará de amarte el juramento;  
Mas no su corazón, que en él mi nombre  
A tu pesar ha de vivir impreso.  
Adiós, Barón, mañana vuestra esposa  
Viuda tal vez será: ved este acero:  
El está acostumbrado á la victoria,  
El te abrirá las puertas del infierno.  
(Se va.)

## ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL

Bohún.—; Pobre joven! compadezco  
Su frenesí! loco está;  
Pero confío que pronto  
El tiempo le ha de curar.  
;Cómo ha de ser! ha perdido

Una novia, y además  
 Un buen dote: el infeliz  
 Que lo sienta es natural.  
 Valor, amada Isabel,  
 Vuestro hermoso rostro alzad;  
 No más llanto, ya pasó  
 La escena sentimental:  
 Miradme, yo estoy tranquilo,  
 Y eso que debiera estar  
 Celoso: ¡qué desvario!  
 Siempre en la primera edad  
 Hay amorcillos, que luego  
 El tiempo disipará:  
 Nos unimos este día,  
 Mañana estamos en paz:  
 Verás, Isabel hermosa,  
 Qué contento....

Isab.— Por piedad,  
 Dejadme, ¿no os basta aún  
 Mi corazón traspasar,  
 Sino que en la misma herida,  
 Jugando estáis el puñal?  
 Tanta barbarie, señor,  
 ¡Quién pudiera imaginar!

Bohún.— Cuando vuestro padre sepa  
 Esta escena!... la sabrá,  
 No lo dudéis.

Isab.— ¡Ah! ¡por Dios!  
 (¡Alberto infeliz!) tomad  
 Mi vida, os la sacrifico;  
 Pero que yo nada más  
 La triste víctima sea:

No queráis sacrificar  
 (Hincándose.)  
 A un infeliz; yo lo pido  
 A vuestras plantas.

Bohún.— Alzad;  
 Yo callaré. Ya veréis  
 Cómo al fin me habéis de amar:  
 Mis continuas atenciones  
 Con el tiempo ganarán  
 Ese corazón tan bello.

Isab.— ¡Ah, no lo esperéis jamás!  
 La víctima está dispuesta:  
 Pronto llegaré al altar;  
 Poco después á la tumba;  
 Esto prometo no más.  
 Id, señor, id, que mi padre  
 Tal vez os esperará.

Bohún.— Me retiraré, Isabel,  
 Puesto que me lo mandáis.  
 (¡Qué hermosa está! ¡Me aborrece!  
 Bien, y después me amará.)  
 (Se va.)

ESCENA VI.

Isab.— ¡Y esta es la vida! ¿y al mirar ei  
 (féretro)  
 Cobarde tiembla el mísero mortal,  
 Cuando la tumba es el asilo único  
 Donde se encuentra verdadera paz?  
 Y de la vida ¿cuál es aquella época  
 Que no conoce el peso del dolor?

¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!  
(mas!)  
Tal es la suerte que al mortal tocó.

Desde la infancia hasta la edad decrepita,  
El niño, el hombre y la infeliz mujer,  
Corriendo van tras una sombra mágica,  
Que llaman dicha, y que jamás se ve.

El triste anciano, de su edad quejándose,  
De juventud quisiera disfrutar,  
Ovída, imbécil, los tormentos horribidos,  
En que se agita esta infeliz edad.

Es una fiebre, es una fiebre indómita,  
Es un violento, un loco frenesí,  
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,  
Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas pérfidas,  
Que nos halagan sin llegar jamás:  
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,  
Que se convierte en triste realidad.

Y de la vida en el cercano término,  
Del desengaño á la funesta luz,  
El corto espacio de la tumba lóbrega....  
Un paño negro... un mísero ataúd!

Tal de la vida es el torrente rápido:  
¡Ay! de la mía ya se acerca el fin;  
Y yo lo espero como espera el náufrago,  
La amiga playa en que será feliz.

¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,  
Ni tú, ni tú me quieres consolar;  
Nadie se duele de la triste víctima,  
Que de la vida se despide ya!

¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mí-  
(sera

La losa, tú con llanto regarás,  
Hasta que se unan nuestras almas férvidas  
En las regiones de la eternidad!  
(Queda sobre una silla, en el mayor abatimiento.)

### ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

Leo.—Bien dije yo; de ese monstruo  
En el pecho no hay piedad:  
Tu esperanza, pobre niña,  
Se ha desvanecido ya.  
Señorita... no me oye:  
Señorita... qué! si está  
En estatua convertida.  
¡Quién lo pudiera pensar!  
¡Tan amable, tan hermosa!  
Y pronto acaso será  
Un despojo de la muerte.  
¡Horrible fatalidad!  
Volved en vos, señorita;  
Mirad que van á llegar  
Los caballeros.

Isab.— ¡Leonora! ¡Leonora!

Leo.—Vuestro vestido arreglad,  
Cobrad ánimo, señora:  
Vuestro padre notará  
Esa turbación.

Isab.— ¡Dios mío!  
 Mi padre!  
 Leo.— Pronto estará  
 En esta sala: venid:  
 En el estado en que estáis  
 No quisiera yo que os vieses;  
 Retirémonos; andad,  
 Que se acercan. (Está visto!  
 La vida le costará.  
 Hoy celebrarán su boda,  
 Mañana su funeral) (Se van.)

ESCENA VIII

FIRZ-EUSTAQUIO, DE BOHUN ALBERTO,  
 Caballeros armados.

(Alberto, un poco apartado de los demás,  
 arroja frecuentemente miradas de furor  
 sobre de Bohún.)

Cab.—¡ Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Fitz.—Resuenen, amigos, las bóvedas altas  
 Del viejo castillo, que vuelve á ser hoy  
 Mansión venturosa de júbilo puro,  
 Morada brillante de dicha y amor:  
 Ya todo está pronto: la trompa guerrera  
 Va á sonar, amigos, oigamos su voz:  
 Al torneo, ¡ vamos! ¡ honor al valiente!

Cab.—¡ Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Bohún.—¿ Y quién no se siente de gozo in-  
 (flamado?  
 ; Habrá, caballeros, un frío corazón,  
 En que la hermosura no ejerza su imperio?  
 A caballo, amigos, al campo de honor!  
 La lanza sin hierro, muy bien; mas cui-  
 (dado!  
 Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios,  
 Derribar á muchos; cuidado, repito.  
 Cab.—¡ Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Bohún.—Tal vez se impacienta el freno  
 (tascando,

Mi noble caballo, mi fuerte trotón:  
 Veréis qué gallardo; jamás en la guerra  
 Perder los estribos en él se me vió.  
 Corcel más hermoso, Ricardo no tiene,  
 Más fuerte, más ágil, más vivo y veloz:  
 No hay otro, lo juro; su choque es terrible!  
 Cab.—Veremos, veremos: ¡ que viva el va-  
 (lor!

Fitz.—¡ Recuerdos de gloria! también hu-  
 (bo un día,

Que mi fuerte brazo valiente lidió,  
 Y mi vieja sangre aún hierve al oíros.  
 También yo pudiera combatir con vos;  
 Pero de mi hija sostenéis el nombre:  
 El cielo os ayude, valiente Barón!  
 La música suene, los heraldos griten....  
 Cab.—¡ Amor á las bellas, y gloria al va-  
 (lor!

Bohún.—Y luego las copas en torno vo-  
 (lando,

Colmadas de ardiente, sabroso licor,  
Vaciemos, amigos, brindando contentos  
Por la compañera que el cielo me dió.  
De Isabel el nombre g'orioso resuene,

(A Fitz)

De rosas corone su frente el amor.  
Noble amigo, gracias por tanta ventura.  
Todos.—¡Dicha á los esposos!

Alb.— (¡Y á mí maldición!)

(Suena un clarín).

Fitz.—¿Oís? han llamado: sin duda se  
(acerca

Otro caballero.

Bohún.— Que venga, aquí estoy:  
De Isabel me inflaman los ojos divinos:  
Yo siento en mis venas desusado ardor!  
Voy á armarme al punto: ya estoy impa-

(ciente;

Toda la Inglaterra puede venir hoy.

Todos.—¡A caballo!

Bohún.— Vamos, que lidiar deseo,  
Hasta que en ocaso se sepulte el sol.

### ESCENA IX.

Dichos, PEDRO.

Ped.—De llegar, señor, acaba  
Una señora, cubierta  
De luto, y acompañada  
De un escudero: desea  
Hab'aros.

Fitz.— ¿A solas?

Ped.— No;

Pretende, según se expresa,  
De su venida la causa  
Decir, ante la asamblea  
De los nobles caballeros  
Que en el castillo se encuentran.  
Pide justicia.

Fitz.— ¿Justicia?

De este castillo las puertas  
Al que la pide han estado  
A todas horas abiertas,  
Mucho más si es una dama  
La que obtenerla desea.  
Haced que pase.

(Se va Pedro.)

Sentáos: ;

Suspender un poco es fuerza

(Se sientan todos.)

El torneo.

Ped, entrando.— Entrad, señora.

(¿Qué nos vendrá á pedir ésta?)

Fitz, á Arabela.—Sentáos

(A Pedro.)

Retírate tú.

Ped.—(Algo oiré desde la puerta.) (Se va.)